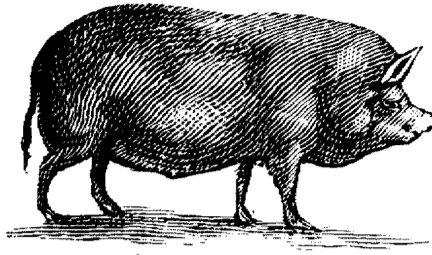


COLAS DE CHANCHO INVISIBLES



De Ximena Carrera Venegas

José Arcadio Buendía lleva meses amarrado al castaño. Tiene puestos unos pantalones, viejos, raídos. Está amarrado sólo por la cintura. Úrsula, luego de darle senda paliza a Arcadio (quién se ha transformado en el dictador de Macondo) ha devuelto el orden a Macondo. Se siente sola. Va a lavar a José Arcadio. Más por desahogarse con alguien, que por dejarlo limpio. Úrsula, a su lado y sentada en un banquito, lo va lavando por partes. José Arcadio tiene la vista fija en la nada. Parece desconectado de todo lo que pasa a su alrededor, de los lamentos de Úrsula.

ÚRSULA: No sé, me fui a negro. Le grité. Parece que lo llamé... (Avergonzada) “Bastardo...” “Hijo de mala madre...” “Fenómeno...” (Con pesar) No sé, no me acuerdo bien. ¿Qué querías que hiciera? No me puedo quedar callada, de brazos cruzados viendo como mata a este, al otro, al de más allá... ¡A don Apolinar! ¡Que es incapaz de matar una mosca! Amarrado al espantapájaros, lo tenía... listo para pegarle un tiro... A lo mejor es mi culpa. Yo traté de criarlo como a hijo propio, pero quizás no traté lo suficiente... y sabe en alguna parte de su cabeza que no es un... ¿En qué momento lo perdí? (Mira a su alrededor como si pudiese encontrar a Arcadio en el aire, en las hojas del castaño, en la tierra) ¿Cuándo empezó a vestir el uniforme? ¿O antes? ¿Lo tuve alguna vez? Es mi culpa... (Mira a José Arcadio) Nuestra culpa.

Úrsula le enjabona la espalda.

JOSÉ ARCADIO: ¿Qué le pasó a la casa?

ÚRSULA: La echaste abajo.

JOSÉ ARCADIO: ¿Toda?

ÚRSULA: No, toda, no. Esa parte de ahí. ¿La ves?

JOSÉ ARCADIO: La casa...

ÚRSULA: Sí, una casa donde las begonias florecían en cada esquina, donde las paredes brillaban con la luz del sol, fuera tarde o mañana, una casa que...

JOSÉ ARCADIO: Había... mucha pared... No podía pensar bien. Por eso la eché abajo.

Úrsula agarra el balde con ánimos de estrellárselo contra la cabeza, pero ve que Arcadio la mira con una mirada perdida. Obviamente su cabeza está en otra parte. Una bandada de alcaravanes surca el aire. Úrsula los mira pasar. Suelta el balde. Continúa limpiándolo.

ÚRSULA: Ni una sola palabra del “Coronel...”

JOSÉ ARCADIO: ¿Quién?

ÚRSULA: (Explicándole) Tu hijo. Aureliano. Le dio con que todo el mundo tenía que referirse a él como “Coronel Aureliano Buendía”. Yo también.

¿Lo puedes creer? ¡Yo! ¡Que soy su madre, tengo que llamarlo “Coronel Aureliano Buendía”! Hace meses que se fue a liberar al mundo de los conservadores y ni una palabra de él. No sé si está vivo, o muerto, o devorado por los caimanes, o si le dio por seguir los pasos de su hermano y ahora anda disfrazado de gitano... Porque eso hizo tu hijo mayor. Se fue siguiendo a los gitanos y hace poco volvió tapizado con el cuerpo bordado de líneas, formas, dibujos raros que nadie entiende...

JOSÉ ARCADIO: ¿Arcadio?

ÚRSULA: Sí. Él. No sé para qué volvió. Llegó para trastornarlo todo. No lo reconozco, no es mi hijo. Sus modales, lo que dice... lo que hace. Él y Rebeca han estado... Lo único que ha traído a esta casa es vergüenza.

(Pierde la paciencia) Pero, ¿en qué momento se volvieron todos locos por aquí?! A lo mejor, nacieron con colas de chanco invisibles que les crecen por dentro y les van carcomiendo la cabeza hasta que pierden por completo la razón...

JOSÉ ARCADIO: (Apesadumbrado) ¿Eso tengo adentro? ¿Colas de chanco invisibles?

ÚRSULA: No estoy hablando de ti, sino que de los niños...

JOSÉ ARCADIO: (Triste) ¿Por las colas de chanco que tengo aquí? (Se indica la sien)

(Con una extraña lucidez) ¿Será por eso que ya no vuelvo más?

ÚRSULA: (Arrepentida) No, no... Es... Lo que quiero decir es que... No me hagas caso. Estoy exagerando. Rebeca y José Arcadio son muy felices.

Viven... en una casa muy linda, un poco más apartada, pero muy linda... El padre se encargó de aclarar que ellos no son... Y Aureliano, es... es da un orgullo tremendo verlo cuando le habla a sus tropas.

JOSÉ ARCADIO: ¿Sí?

ÚRSULA: Sí. Si yo fuera hombre, más joven, seguro que lo seguiría hasta el fin del mundo. Y estoy segura de que va a volver en poco tiempo más, cuando haya hecho la revolución. Y... cuando vuelva, se va a casar y va a llenar esta casa de nietos y nietas que van a corretear por ahí... ¡No menos de diecisiete! Te lo aseguro...

JOSÉ ARCADIO: ¿Diecisiete hijos va a tener mi hijo, el coronel? Nadie puede tener tantos niños...

Úrsula le toma la cuerda de la cintura y comienza a desatarlo.

JOSÉ ARCADIO: ¿Qué haces?

ÚRSULA: Te desato.

JOSÉ ARCADIO: ¿Sí?

ÚRSULA: ¿No te gustaría volver...?

JOSÉ ARCADIO: ¿A la casa?

ÚRSULA: Sí, volver a tus inventos, tu laboratorio, tus escritos...

JOSÉ ARCADIO: Los destruí.

ÚRSULA: Los recomponemos.

JOSÉ ARCADIO: ¿Sí?

ÚRSULA: Sí. Ven conmigo.

Úrsula se pone de pie. José Arcadio Buendía se toca la cintura ya sin cuerda. Ella le tiende la mano para que la siga.

JOSÉ ARCADIO: Voy.

José Arcadio no se mueve de dónde está. Fija la mirada en la nada, como al principio de la escena. Úrsula baja la mano derrotada.

Ximena Carrera Venegas (Santiago, Chile). Actriz, dramaturga, productora, guionista y docente. En 1997 creó la compañía de teatro La Trompeta junto al actor y director Sebastián Vila. Algunas de sus obras son: El Auriga Tristán Cardenilla (1997), Antes de la Lluvia (1999), Café (2002), Naturaleza Muerta (2003), Medusa (2010), Lucía

(2015) y La Felicidad de las Tórtolas (2022). Algunos de los premios que ha recibido son: Primer Premio Juegos Literarios Gabriela Mistral por su obra Café, Premio Nacional a la Mejor Obra de Teatro 2010 y el Premio Municipal de Literatura, por su obra Medusa.